

## Navidad: el don de la alegría

*Es conocido el consejo de leer siempre la Palabra de Dios como si fuera la primera vez, para evitar la rutina y recuperar nuestra capacidad de asombro. Este consejo también es válido para la Navidad: recibirla cada año como si fuera la primera vez. Si lo hiciéramos, con seguridad notaríamos que el tiempo de Adviento está lleno de suspenso: es una insistente exhortación a prepararnos porque el Señor viene, pero no sólo no nos da detalles, sino que describe esa Venida de modos contradictorios.*



Juan Bautista, por un lado, llama a conversión como la última oportunidad, porque viene el Señor como Juez. Su predicación está animada por un sentido de profunda seriedad y urgencia. “El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles: el árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego”. “Tiene en su mano la horquilla y limpiará su era: recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en un fuego inextinguible” (Mateo 3,10.12).

Pero, en la Liturgia, su anuncio encuentra siempre un contrapunto en el profeta Isaías, con su mensaje de alegría, (por. ej., este tercer domingo): el Ungido del Señor (literalmente, el “Cristo”), viene a dar la buena noticia a los afligidos, vendar los corazones heridos, a liberar a los cautivos (Isaías 61).

**El Greco, Juan Bautista (1600)**

La naturaleza misma estallará de gloria:

*“¡Regocíjese el desierto y la tierra reseca, alégrese y florezca la estepa! Ellos verán la gloria del Señor, el esplendor de nuestro Dios. Digan a los que están desalentados: «¡Sean fuertes, no teman: ahí está su Dios! ¡Él mismo viene a salvarlos!»». Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo. Porque brotarán aguas en el desierto y torrentes en la estepa. (Isaías 35)*



Se pone así de manifiesto una profunda tensión: nos es imposible imaginarnos de antemano cómo Dios pueda manifestarse de una manera que concilie descripciones tan contradictorias. Pero efectivamente lo hace, y de la manera menos esperada: se hace hombre como nosotros, hasta el punto de manifestarse como un bebé recién nacido: “Mientras estaban ahí (Belén), le llegó a María el tiempo de dar a luz y tuvo a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada”. Un niño como todos...

Esto es lo que la Biblia denomina un “signo”. El signo no se impone, se revela sólo a quien está dispuesto a ver. Yo puedo ver un recién nacido como un hecho perfectamente ordinario (todo el tiempo nacen niños, en todos lados). Pero también puedo verlo como el más grande de los milagros.

Como dice Sor Juana Inés de la Cruz en uno de sus poemas: cada niño que nace es una señal de que Dios no se ha cansado de nosotros. En cada recién nacido, podemos intuir la más profunda de las esperanzas, la más grande de las promesas.

Para el Emperador Augusto, que organiza el Gran Censo, los nacimientos, como las muertes, eran a fin y al cabo, una cuestión de números. Para los posaderos de Belén, tampoco representaban nada especial: “no había lugar para ellos en el albergue” (Lucas 2,7).



Pero el Ángel no hace el anuncio a ninguno de ellos, sino a “unos pastores”, lo más bajo y marginal de aquella sociedad: “Les traigo una buena noticia, una gran alegría, les ha nacido un Salvador, y esta es la señal: “encontrarán a un niño recién nacido, envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.

**Cornelis Saftleven, *La Anunciación a los pastores* (1650).**

¿Es ésa la señal? Los pastores podrían haberla tomado como un hecho cualquiera, pero supieron leer el signo, quizás porque cuanto más dura es la vida más preciosa es la esperanza. Por eso la alegría que los pone, por un instante, en comunión con el Cielo: los pastores y los ángeles celebran como compañeros, el Cielo y la Tierra juntamente. “Y junto con el Ángel, apareció de pronto una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios” (Lucas 2,13).



A nosotros, el ángel nos dirige hoy este mensaje, y nos señala el mismo signo: el Niño de Belén. Podemos creer o no creer. Ver la Navidad como una tradición pintoresca, una variante de las fiestas de fin de año, una linda reunión de familia. O descubrir en ese Niño, cuyo llanto apenas altera el silencio de la noche, al Salvador, al gran Don de Dios, la revelación de su amor por mí, mi esperanza y la posibilidad de participar ya anticipadamente de la alegría del Cielo (aun en medio de las dificultades de esta vida, “cantar y bailar” con los ángeles).

**Giotto Di Bondone, *El Nacimiento de Jesús* (1302-1305).**

Llamamos alegría a muchas cosas distintas (a veces, superficiales o forzadas). Pero cuando contemplamos las grandes obras sobre la Natividad vemos reflejada *otra* alegría: no una evasión sino la auténtica alegría evangélica, la única alegría capaz de transformar nuestras vidas.